

REFLEXIONES

MATONES, ASESINOS Y VÍCTIMAS

BULLIES, MURDERES AND VICTIMS

JESÚS RAMÍREZ

De un tiempo a esta parte, en todos los medios de comunicación, y escrito en grandes titulares, aparecen resultados de diferentes estudios relacionados con el “Bullying”, término cogido de la lengua inglesa que quiere decir matón (y a la que en lo sucesivo me referiré para mencionarlo). Algunos de estos medios, quizá los más selectivos, prefieren el término “acoso escolar”, aunque en él incluyen muchas otras variables relacionadas, pero que no serían estrictamente lo que se conoce como acoso entre escolares.

Desde el Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid, en sus diferentes Secciones y Vocalías, y en especial desde la de Educativa, se están tomando medidas encaminadas al estudio y la sensibilización de los profesores y de los centros educativos con el fin de paliar los efectos del acoso entre iguales, tales como mesas redondas, conferencias y otras vías de comunicación. Por lo que parece lógico, que sea este colectivo junto con los de otros especialistas, los que tomen este tipo de iniciativas.

Como resumen de las acciones

tomadas, la Revista de Psicología Educativa quiere aclarar algunos términos e ideas, pues muchas veces resultan confusas y en consecuencia, nada beneficiosas para el colectivo social.

En primer lugar, es importante distinguir entre el matón (bully), el asesino (killer) y lo que no es una cosa ni la otra, es decir, las peleas que a diario tienen lugar en los centros escolares, jardines y parques entre niños para dirimir sus diferencias, y que aparecen en mayor grado entre alumnos y alumnas de menor edad, aunque es bien cierto que tiene mayor incidencia entre los varones. Y lo mismo ocurriría con las víctimas, es decir que conviene distinguir entre la “víctima propiciatoria”, la víctima ocasional, la víctima objeto de los ataques del matón y de su banda, y lo que no es nada de ello, y de nuevo me remito a los que salen perdiendo en las pequeñas batallas que se libran a diario en los patios escolares.

El matón es aquel que busca la compañía de otros para formar una banda (gang) y cuyo objetivo suele ser el ataque, ya sea físico, verbal y/o emocional, a una

o varias víctimas a las que machacan sin piedad. También formarían parte de este grupo los que tratan de alimentar su ego molestando a todos los que hay a su alrededor, salvo, naturalmente, los miembros de su banda, en los que se escuda y protege de posibles agresiones externas.

Las características de este tipo de sujeto son las que vemos publicadas de manera reiterada en los citados medios de comunicación, así como en los manuales específicos de los que los han sacado, esto es, los estudios que citan, puesto que ni el Manual de Diagnóstico DSM, ni el CIE mencionan nada al respecto. Nuestras propias observaciones nos llevan a distinguir entre los matones y los asesinos, de carácter más sociópata. Así, mientras que los primeros tienen una mayor tendencia a la extroversión, los segundos, no la manifiestan en tan elevado grado, cosa que no ocurre con el factor de dureza o psicopatía, cuyas diferencias no son en absoluto significativas. Quizá la característica más común a todos los matones es, curiosamente, su empatía. Tienen una gran facilidad para embaucar y sus habilidades sociales son extremadamente elevadas. El físico también colabora, siendo en la mayor parte de los casos estudiados, chicos de aspecto atlético, e incluso fuertes.

Si analizamos el aspecto intelectual, observaremos que aquellos cuyo CI resulta elevado, suelen tender más a la violencia emocional que a la física, la cual suelen encargar a sus aliados de la banda, quienes actuarían como sus guardaespaldas. Esto es bastante normal, si tenemos en cuenta que, al menos en los casos por

nosotros observados, su físico no les acompaña en absoluto.

Por último, es también de reseñar que en el caso de los matones, no suele concurrir ningún carácter sexual en los ataques, pues, como ya hemos reiterado, estos suelen ser más de tipo agresivo.

En cuanto al asesino, en lugar de actuar en compañía, suele preferir hacerlo de manera individual. Su rasgo más característico es precisamente ése, la ausencia de compañía. Como ya observara Eysenk, suele tratarse de sujetos con rasgos neuróticos y son extrovertidos. Al contrario que el matón, éste sí mantiene entre sus objetivos el aspecto sexual, fundamentalmente porque sus objetivos se encuentran entre los más débiles, niños o chicos más pequeños, independientemente de su sexo.

Al margen de estos dos tipos de sujetos, es muy común, cuando alguien se da una vuelta por el patio de recreo, o en los jardines que circundan el centro escolar, que observe a dos o más niños manifestando conductas agresivas por las causas más difusas que puedan ser imaginadas. Esto forma parte de la propia idiosincrasia de la edad evolutiva, siendo más comunes, cuanto más pequeños son los sujetos debido a su proceso de mielinización, y a que sus aprendizajes sociales, aún no se han ocupado de mantener un cierto control sobre su agresividad. En este caso, basta con recriminar de manera verbal su acto violento para que recapaciten y reconsideren su forma de actuar, modificándola, aunque a veces, lo hagan a regañadientes.

Otro problema que se da a menudo en los centros educativos es el que también se conoce con el nombre inglés de *mobbing* o acoso psicológico, cuyos autores distan poco de la consideración de las bandas que circundan al matón, con la única salvedad de que van haciendo el vacío, en lugar de agredir físicamente. En este caso no es uno solo el agresor, sino varios, y su objetivo puede ser un único sujeto o un grupo que resulte diferente por cualquier causa. El caso más típico es el de los grupos socialmente más codiciados, y que además pretenden diferenciarse, precisamente por esto del resto de sus compañeros y compañeras. En este caso, quien no forma parte de su grupo va a ser irremisiblemente su objetivo. En la actualidad, el modo más común de comunicarse y definir el “próximo objetivo” es mediante los mensajes de móviles o el Chat.

De lo que hemos visto, se desprende que hay algunas características específicas que le hacen a uno víctima de asesinos, matones y bandas, (lamento la dureza del lenguaje, pero las cosas son así). Por una parte, los débiles, por el mero hecho de serlo, los que son diferentes, ya sea por raza, color, aspecto físico como la obesidad o mermas ya sea visuales, auditivas, etc.

Por cuestiones operativas, hemos hecho una distinción entre los diferentes tipos de víctimas para que nos resulte más fácil su identificación. Así el primero de ellos sería el que hemos denominado víctima propiciatoria, es decir, aquel que se siente víctima por donde va, de manera que llega a serlo. Es el caso de Jokin, a

quien no acosaba un solo chico o una banda, sino todo el mundo, incluidos los padres de éstos y los profesores. Se trata de un sujeto con profundos problemas de autoestima generados por diferentes causas, y en ocasiones, habría que buscarlas en sus propias familias, ya sea por abandono, o por el contrario, por hiperprotección. Sus rasgos principales serían, además de la citada falta de autoestima, la introversión, los rasgos depresivos, y la dependencia de su grupo, el cual, cuando le falla, le origina un problema tal, que tiende a refugiarse en la soledad. Lo grave del caso es que, algunas veces, reiteran de manera exagerada su condición de víctimas, lo cual genera en sus profesores un *feed-back* negativo, o en otras palabras, que pasan a convertirse en objeto poco o nada deseado, con lo cual, el problema se agrava hasta límites insospechados. Si a estas características se le añade algún hecho que, como en el caso de Jokin, sirva como detonante de la situación aversiva, el problema es aún mayor puesto que los rasgos depresivos se van a convertir en verdadera depresión, con los riesgos que la enfermedad conlleva, como es el caso del suicidio al que el muchacho se sometió.

Un sujeto de estas características es, sin lugar a duda, un objetivo claro de matones y bandas, pero también de otros compañeros que habitualmente sólo se dejarían embaucar por formar parte de su masa social, en especial, si su conducta, claramente deleznable, es apoyada, aunque sólo sea por el hecho de no contravenirla, por los profesores y adultos de su entorno. Es el caso más grave, pero por fortuna, el menos común.

Otro tipo de víctima que no se libra de los ataques de las bandas y matones sería aquel que por alguna circunstancia específica llega a adquirir tal rango. Esta circunstancia puede variar entre su aspecto físico, como la falta de habilidad deportiva, el exceso de celo en el estudio o simplemente su inteligencia, algún accidente de escasa importancia pero significativa para un sujeto de las características del matón (vomitar en el autobús de alguna excursión, dañar a alguno de los miembros de la banda sin querer...), etc. A este tipo de víctima le hemos dado el título de ocasional, porque solamente va a ser objetivo de la banda en determinadas circunstancias o momentos coyunturales que pueden cambiar, o que de hecho, van a hacerlo. Por ejemplo, el que tiene escasa habilidad deportiva, basta con alejarse de este tipo de situaciones para evitar del peligro, o ejercitarse en otros ámbitos para ir adquiriendo las citadas habilidades. El habitualmente denominado “empollón”, por el mero hecho de ser inteligente o estudioso, va a saber la manera de evitar las situaciones potencialmente conflictivas, dando por zanjados los asuntos, y lo más probable es que, si la situación es debida a algún accidente, sea algo puntual y desaparezca en breve espacio de tiempo. Este tipo de víctimas son más comunes, aunque, por su naturaleza, menos conflictivas.

Quizá el tipo más común, sean los que hemos llamado víctimas objeto de ataques del matón y de su banda. Éstos engloban a todo tipo de sujetos que muestren alguna diferencia, en especial por su raza, color, país de origen, religión, o sencillamente por otros aspectos físicos, y en

muchas ocasiones, ni siquiera hay causa alguna que lo justifique; simplemente, se convierten en objetivo de la banda. Si su respuesta a los ataques es el enfado, entonces verá multiplicada su probabilidad de volver a ser atacado, si no emite ningún tipo de respuesta, lejos de provocar la extinción de la conducta de sus atacantes, también es muy probable que vuelva a ser atacado. La única manera que puede haber de evitar futuros ataques es ponerlo en conocimiento de sus padres y tutores. Pero aquí tenemos un punto de gravedad mayor, y es que, dado que los medios de comunicación nos están bombardeando con informaciones confusas, pero claramente basadas en el problema del bullying, los adultos pueden tomar la queja de los niños y muchachos en un sentido exagerado, o por el contrario, tratar de minimizar el asunto. En el primer caso, se pueden dar respuestas desorbitadas y, por desgracia, ya no es raro el caso de padres que buscan a los niños que supuestamente han atacado a sus hijos tomándose la justicia por su mano, lo cual va a generar un problema de mayor envergadura. Los propios medios de comunicación nos han alertado de padres que han agredido a los profesores de algún centro educativo y hasta incluso a su director.

En el caso de que los adultos traten de minimizar el problema, lo que van a conseguir es que el sujeto agredido se sienta desasistido y caiga en una especie de indefensión, o traten de arreglar las cosas por sí mismos, también con respuestas desaforadas, como ocurrió en la escuela Columbine del condado de Jefferson en Colorado. Naturalmente se trata de un caso aislado y completamente exagerado,

con el agravante de la facilidad con la que se pueden obtener armas de fuego en Norteamérica. En nuestra sociedad, sin embargo, ya no es del todo extraño leer en la prensa, noticias relacionadas con ataques con armas blancas en centros educativos, y lo que empieza a ser aún más común son las reyertas entre bandas de “seres indefensos”, que han dejado de serlo por actuar de forma socialmente organizada, o en otras palabras las bandas de sujetos que han sido agredidos con anterioridad. Ahora bien, debemos discernir las diferentes causas que llevan a tales agresiones, puesto que lo más habitual no es que se trate de respuestas de niños o muchachos agredidos, ni tampoco a matones o bandas, sino a otras causas externas que nada tienen que ver con el problema, como pueden ser los aspectos relacionados con las toxicopatías.

Por no prolongar más este editorial, diremos que resulta enormemente negativo el exceso de información porque, como ha quedado demostrado en múltiples ocasiones, los efectos negativos, en especial el suicidio, tienen un “contagio social” importante. (En dema-

siadas ocasiones, “intentos de suicidio por llamar la atención”, sin intención alguna de autolesionarse, acaban con la vida del sujeto). Por otra parte, y como ya hemos indicado, Impregnados por el citado exceso de información, los padres de alumnos cuyos hijos sufren algún tipo de daño, ya sea en la escuela o fuera de ella, independientemente de que se trate de un mero juego de niños, tienden a amplificarla, de manera que pueden llegar a tomar medidas desproporcionadas, sin tener en cuenta las consecuencias de sus conductas. El problema es lo suficientemente grave como para no convertirlo en una noticia de moda pasajera, y es que, de hecho, su origen se pierde en la propia historia. Deben ser los diferentes profesionales quienes lo atajen con las medidas científicas de las que disponen y ser conscientes en todo momento del dolor de las familias y allegados de los niños que lo padecen, en especial de aquellos que han acabado con sus vidas por algo tan despreciable. Desde aquí, deseamos que situaciones como las vividas por estos niños y jóvenes no vuelvan a ocurrir jamás: razón última y principal de la presente reflexión.